CAPÍTULO IX.

LA LUNA Y LAS ESTRELLAS.

Selené ó Mené. – Selené y Endimion. — Culto de la luna en Roma. — *Lunus.* — *Phosphoros y Hesperos.* — Orion. — Sirio. — La Osa mayor. — Júpiter y Calixto. — El carro. — Las Pléyadas. — Las Hiadas. — Júpiter y Leda. — Cástor y Pólux. — Su leyenda. — Su carácter sideral. — Su culto en Grecia y en Roma.

HERMANA de Helios es SELENÉ ó MENÉ, la Luna, identificada las más de las veces con Diana, como lo fué Helios con Apolo; expresan aquellos nombres, el primero, el brillo de su luz, el segundo, las transformaciones periódicas que experimenta durante el periodo del mes cuyo curso rige y determina. La poesía griega representaba á Selené por medio de una mujer ó una vírgen celeste de radiante belleza; al asomar por el cielo los plateados rayos de su gracioso rostro palidecen y se esconden los astros todos. A Mené pintábanla con corona de oro y grandes alas, y de ella decían que despues de haber bañado su hermoso cuerpo en las aguas del rio Oceano, cubríase con vestidos de radiante luz y uncía á su carro de plata dos vigorosos corceles, uno blanco y otro negro. En él montada, seguía igual camino que su hermano; como él salía del Oceano por el lado de Oriente, y al mismo rio volvía por el opuesto lado al presentarse la Aurora.

La clara luz de la luna y su belleza en el cielo diáfano de Grecia eran celebradas por medio de varias tradiciones mitológicas que referían los amores de Selené. El mismo soberano del Cielo había sentido amor por ella, y de su union nació *Pandia,* á la cual, personificacion de la serena claridad de las tranquilas noches del Ática, se festejaba en Atenas, al propio tiempo que á Zeus, al llegar el primaveral equinoccio. En Arcadia fué Selené amada por Pan, quien, como ella, se complacía en las cumbres de los altos montes. Pero el amante más famoso de la diosa fué el gentil Endimion, cuya leyenda se localizó á la vez en Caria y en la Elida, yendo en la última region mezclada con las genealogías de sus primeros reyes. Era Endimion objeto de tradiciones varias, inspiradas todas por el mismo poético sentimiento; segun unas fué un pastor ó un cazador entregado á profundo sueño en una cueva del monte Latmos; Selené le vió, y de él enamorada, bajaba á besarle y reposar á su lado. Otras veces es el sueño de Endimion un descanso eterno, ya que, hijo de Júpiter, quien le dió á escoger la clase de vida que más le agradase, pidió y alcanzó la facultad de dormir eternamente sin envejecer ni morir. Contaban otros que Júpiter sintió tal afecto hacia él por las dotes de justicia que mostrara al regir los destinos del Elida, que le acogió en el cielo; que una vez allí enamoróse de Juno, y que entónces el divino esposo le condenó á perpétuo sueño. Y cada noche era Endimion visitado

por su divina amante, la cual contemplaba en silencioso arrobamiento su interesante hermosura. En muchos bajo-relieves y antiguas pinturas viene representada esta escena; Endimion duerme en brazos de Morfeo, y Selené, guiada por el Amor, baja de un carro para contemplarle. Asunto es este que figura en varios sarcófagos, y en ellos

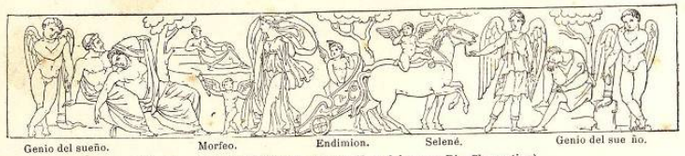

Fig. 122. — Selené y Endimion. (Bajo relieve del museo Pio-Clementino).

vese casi siempre al niño alado con una antorcha inclinada al suelo, símbolo que significaba el sueño y tambien la muerte.

Dicen los mitólogos modernos haber sido Endimion el genio nocturno del sueño, y uno de ellos (Max Muller, copiado por Decharme) da sobre este punto la siguiente explicacion que continuamos, con objeto de que se sepa la altura en que está en materia de interpretaciones la que con pretensiones no escasas se ha bautizado á sí propia con el pomposo nombre de ciencia de los mitos. «Evidente es la significacion de ese mito, dice; Endimion, como su nombre lo indica, es el que se hunde en las aguas del rio Oceano, ó sea el sol poniente. Es ademas el que penetra en la cueva de Latmos, ó bien el sol que se duerme en las sombrías profundidades de la noche. Pero el sol al desaparecer brilla aun con vivo resplandor, y por esto es Endimion jóven y bello hasta en su sueño, y la luna que aparece entónces en el horizonte le contempla con amor y le acaricia con sus más suaves fulgores.»

En Italia, como en Grecia, tributábase á la luna culto, por lo ménos en el país sabino y en Etruria. En un espejo etrusco vésela representada teniendo por atributo la media luna al lado de Polux; otro monumento la representa junto al dios Sol con el nombre de Lala ó Lara. En Roma, en el monte Palatino, existía un templo á Luna Noctiluca, que era iluminado de noche; otro había en el Aventino, cerca del Circo, y en él, como á diosa de los meses, dedicábasele una fiesta el último dia de marzo. Luna era tambien una divinidad del Circo, sólo que en vez de la cuadriga del Sol, había de contentarse con la modesta *biga* tirada por mulas. Reunidos el Sol y la Luna eran en Roma la usual imágen de la eternidad, ascendiendo el uno y descendiendo la otra: á los dos se les daba por lo comun el epiteto de *æternus*.

En Frigia y otras regiones inmediatas habíase personificado el astro de la noche en un mancebo (Lunus); la ciudad de Carrhes, en Mesopotamia, le tributaba muy singular culto: al ofrecerle sacrificios vestíanse los hombres de mujer y las mujeres de hombre. Caracterizábalo la media luna y en la mano sostenía un pequeño monte ó una antorcha.

No era la luna el solo astro nocturno celebrado por las leyendas mitológicas: la magnificencia del estrellado firmamento, el centellante brillo de los luceros, los distin-

Fig. 123. — El dios Lunus. (Piedra grabada antigua).

tos grupos que forman las estrellas, al ser todo esto expresado en poético lenguaje había dado orígen á diferentes mitos, que si no tan ricos y variados como los que se inspiraron en las grandes divinidades del cielo, no carecen sin embargo de interés.

Entre los planetas, el llamado Vénus fué al parecer el único en que se fijó la poética imaginacion de los Griegos, y como es visible ántes de salir el sol y despues de su ocaso, descomponíase en dos séres divinos considerados como hermanos, esto es *Phosphoros*, la estrella de la mañana, y *Hesperos*, la estrella de la tarde. El primero, hijo del Cielo y de la Aurora, deja por la mañana el baño del rio Oceano, y elevando por el cielo su sagrada frente, dice Homero, anuncia á la tierra la proximidad de la luz divina; sostiene con la mano una antorcha y precede volando el carro de la Aurora. Por la noche, lleva el nombre de Hesperos, y es hijo de Atlas, sostenedor de la celeste techumbre en el horizonte occidental y padre de las Hespérides ó de las doradas nubes del Oceano. Hesperos «es el astro más rutilante de cuantos brillan en la estrellada bóveda; el hermoso genio de dorada cabellera celebrado por los epitalamios; el que

llegada que es la noche conduce la esposa á los brazos del esposo» (Safo). Tambien los Latinos tenían en gran veneracion esa estrella, á la que daban los nombres de *Jubar* á causa de su centelleo y de su luz radiante, de *Vesper, Nocturnus* ó *Lucifer*, y consagráronla á Vénus Urania. Considerábanla á veces como la estrella de Júpiter y tambien como la de Juno Lucina.

Las estrellas fijas ocupan mayor lugar en las tradiciones mitológicas, y entre ellas la constelacion de Orion en especial era objeto de varias leyendas nacidas y ampliadas principalmente entre los insulares del mar Egeo. Esta constelacion compuesta de diez y siete estrellas, se hace visible en el solsticio de estío para desaparecer al comienzo del invierno, y en las hermosas noches de verano luce con intensa claridad. La imaginacion popular se representaba á Orion como un gigante cubierto de dorada armadura, empuñando coruscante espada y recorriendo con ímpetu irresistible su celeste camino. Al igual que otras divinidades de los astros nocturnos, es Orion intrépido cazador; Homero le pinta armado con maza de bronce, fuerte é indestructible, dando caza en extensa pradera á gran número de animales feroces, mítica caza que en su orígen tuvo probablemente el cielo por teatro, pues allí es donde acompañado del Perro parece correr en pos de los otros astros que palidecen todos al influjo de su claridad. Cuando los marinos, en las largas horas de la noche, lanzados á la cima de las olas ó abismados en sus profundidades, veían la reluciente constelacion subir por el firmamento y desaparecer en el horizonte, decían que el gigante terrible y majestuoso entre todos los hijos de la Tierra, caminaba de isla en isla, con la cabeza en el cielo y los piés en la mar. En verano, al salir por oriente con radiante belleza que por el astro del dia iba á ser en breve eclipsada, referíase que Orion había sido amante de Aurora, y que por esta fué robado. Tiempo despues, cuando no aparecía hasta media noche, daba la señal de la vendimia, y finalmente al comenzar el invierno, cuando coincidian con su desaparicion las lluvias y tormentas, era segun Virgilio el dios de las nubes, el dios lluvioso, el compañero del Notos.

La fábula contaba así su nacimiento: Orieo, hijo de Poseidon y de la Atlántida Alcione, era ejemplo de todas las virtudes; dió un dia cordial y magnífica hospitalidad en su morada del amenísimo valle del Tanagro en Beocia, á tres ilustres dioses, á Zeus, Neptuno y Mercurio, y en premio prometiéronle los inmortales conceder un hijo á su estéril ancianidad. Para ello, pusieron tierra desleída en agua en el pellejo del toro que les fuera sacrificado, ordenando á Orieo que lo tuviese enterrado por espacio de nueve meses. Transcurrido este tiempo halló en él un hermoso niño al que puso por nombre Orion [1].

Enamorado éste de Merope, hija de Enopion, que á su vez lo era de Baco y Ariadna, quiso enlazarse con ella, y negada que fué su demanda, la robó. Invocó el padre á Baco para que la afrenta no quedara impune, y habiendo el dios enviado al raptor profundo sueño, Enopion le dejó ciego, y vengó su agravio. Un oráculo anunció á Orion que recobraría la vista recibiendo en sus ojos apagados los primeros rayos del sol naciente; á tientas andó por el mar, sirviéndole de guia el rumor de las fraguas de Vulcano, que á lo léjos percibía, y llegó á Lemnos. Cargando allí sobre sus hombros á uno de los compañeros del dios (á un niño, dicen algunos autores), hizo que le condujese al punto en que Febo comienza su diurna carrera, y en efecto la influencia mágica del luminar del dia devolvió la luz á su pupila. Añade la fábula que quiso tomar venganza de Enopion; pero que ocultado éste por Neptuno en la profundidad de subterránea caverna, la ira de Orion nada pudo contra él. Entónces fué cuando la Aurora concibió por el gigante violenta pasion; pero siendo destino de aquella ser infeliz en sus amores, sucedió que en las playas de la isla Ortigia pereció su nuevo amante al impulso de una saeta disparada por Diana, segun unos por haberse atrevido á retarla al juego del disco, segun otra fábula por efecto de inadvertencia de la diosa. Cuenta la última que Diana llegó á sentir amoroso afecto por el gigantesco cazador, que lo supo Apolo con enojo, y que cierto dia en que ámbos hermanos competían en tirar al blanco, mostró el dios á la diosa un punto oscuro que se dibujaba apénas en el lejano horizonte. Bien sabia él ser aquella la cabeza de Orion que entónces nadaba por las aguas de la isla; pero Diana que lo ignoraba dirigió allí su certera flecha, y arrebató la existencia al que lograra cautivar su corazon. Deshecha en llanto alcanzó de Júpiter que fuese colocada en el cielo formando la brillante constelacion que lleva su nombre.

Tiempo despues prevaleció otra fábula acerca de la muerte de Orion: cazaba el gigante con Artemis en los montes de Chios cuando osado se atrevió á poner la mano en la túnica de la diosa, la cual hizo salir de la tierra un escorpion cuyo veneno le ocasionó la muerte. Segun otra version el animal que acabó con Orion fué suscitado por Gea, irritada de que el infatigable cazador se propusiese destruir las alimañas todas de Creta. Ambas ficciones corresponden á un solo fenómeno astronómico, esto es á la declinacion de Orion al entrar el sol en el signo de Escorpion, así como el orígen de las anteriores, ó sea de Orion espirando á los golpes de Artemis, sería el hecho de palidecer aquella constelacion al asomar la luna en el horizonte.

Orion era conocido en Roma por Jugula, nombre que ha sido diversamente interpretado.

Hemos dicho que el cazador celeste va de ordinario seguido de un perro, de *Sirio*, y si la poesía homérica no sabe todavía su nombre, celebra ya su refulgente brillo y lo compara á la bruñida armadura de Aquiles ó Diome-

[1] La leyenda de Orieo es tenida por corrupcion de la tradicion primitiva referente á Abraham, oriundo de Ur, famoso y venerado en todo el Oriente.

des. Sirio, la estrella más esplendorosa entre las fijas, se manifiesta al nacer el crepúsculo matutino en lo más fuerte del verano, época en que, segun expresiones de Hesiodo, el ardor de la atmósfera seca el cútis del hombre y vuelve rabiosos á los canes. El astro cuyo pernicioso influjo tales efectos produce, fué pues asimilado á un perro iracundo, y decíase que á su abrasado aliento se agostaba la vegetacion, secábanse las fuentes y dañinas calenturas consumían á los hombres. Aristeo, divinidad que templa á su voluntad el ardiente calor del cielo, era el protector de los mortales contra los furores de Sirio. «Largo tiempo hacía que abrasaba éste la tierra de las Cyclades, devastadas ademas por el hambre y la peste, cuando por mandato de Apolo imploraron los insulares el favor de Aristeo. Deja éste los campos de Tesalia, llega á Ceos, erige un altar á Júpiter, señor de la humanidad del cielo, y ofrece en la cumbre de un monte sacrificios á Sirio. Júpiter oye su ruego; los vientos etesios refrescan el Archipiélago por espacio de cuarenta dias, y desde entónces los Sacerdotes de Ceos verifican cada año sacrificios expiatorios ántes de aparecer la constelacion del Perro.» (Diodoro). En monedas de aquella isla, están representados los ardores de la canícula y los vientos que los moderan, estos por el busto de Aristeo, aquellos por la imágen de Sirio en forma de un perro coronado de rayos.

Acerca de las constelaciones llamadas Osa mayor y Osa menor oigamos lo que refiere la fábula: «El supremo señor del mundo recorre el vasto recinto de los cielos (luego despues de la catástrofe de Faeton), y examina si se mantienen firmes sus cimientos, conmovidos como fueron por la fuerza terrible del fuego; por hallarlos en su solidez primitiva, dáse á contemplar la tierra y sus desastres, y su querida Arcadia atrae sobre todo sus cuidados. A rios y fuentes que no se atrevían aun á despedir sus aguas, manda restablecer las límpidas corrientes, y por órden suya cúbrese la tierra de hierba y recobran los árboles follaje. En una de aquellas excursiones fíjanse sus miradas en una ninfa de Nonacris, y enciéndese en amor su pecho. No se ocupaba la vírgen en hilar lana ni tampoco en adornar su belleza con los atractivos del tocado: un sencillo broche sujetaba su holgada vestidura y blanca cinta sus cabellos. Con el venablo ó el arco en la mano, iba siempre en pos de Diana, y el Menalon no sabía de otra ninfa que tan querida le fuese. Mas ¡ay! el favor de los poderosos dura poco. Había el Sol recorrido la mitad de su carrera cuando entró la ninfa en una selva respetada siempre por el hacha del leñador y desarmando el flexible arco y librando la espalda de la carga del carcaj pintado de mil colores, tendióse en la hierba para gozar en su fatiga de apetecido descanso. Al contemplarla sola y rendida, tomó Júpiter el semblante y traje de Diana y le preguntó: —Hermosa compañera, ¿en qué montes has cazado?—Salve, diosa más poderosa á mis ojos que el mismo Júpiter, dijo la ninfa levantándose... y al disponerse á referir su cacería, arrastróla el dios consigo á pesar de su resistencia, y vuelve luego vencedor á la olímpica morada.

«Seguida del coro de sus Ninfas, trepa Diana por las alturas del Menalon, satisfecha por la caza de aquel dia, cuando ve á lo léjos á la ninfa y cariñosa la llama. Calixto (este era su nombre) teme que otra vez se oculte su seductor bajo el semblante de la diosa; pero al mirar á su lado las Ninfas, depone el temor y con ellas se reune. En su frente, empero, puede leerse la falta cometida; bajos los ojos, silenciosa, inseguro el paso, no se atreve como ántes hiciera á andar junto á la diosa ni á ponerse á la cabeza de sus compañeras... Levantábase en el horizonte el disco de la luna, cuando la diosa cazadora, fatigada por el calor de la jornada, dirigió sus pasos á fresca arboleda en donde nacía murmurador riachuelo, allí y admirando la limpidez de la corriente, dijo: —Solas estamos; bañémonos en esas ondas cristalinas. —Siente Calixto invadir sus mejillas el rubor de la vergüenza; no se atreve á soltar su cinturon, y cuando sus compañeras lo hicieron por ella conoció Diana no ser ya Calixto digna de servirla.—¡Huye léjos de nosotras, díjole con enojo, y no profanes esa corriente sagrada!

«La esposa del poderoso Júpiter sabe el nuevo agravio á su tálamo inferido, y colmado su furor con el nacimiento de Arcas, hijo de su rival, la castigó transformándola en osa. Los hermosos brazos de Calixto cúbrense de pelo muy largo y negruzco; de su boca sale ronca, desapacible y amenazadora voz, y tambien dolorosos gemidos manifiestan su profundo dolor. Bajo su nueva repugnante forma elévanse sus manos al cielo como acusando á Júpiter por su ingrato olvido, ya que con los labios no puede. ¡Cuántas noches, no atreviéndose á dormir en el bosque, las pasó junto á la casa ó por los campos que en otro tiempo fueron suyos! A veces perseguíala por las breñas alborotada jauría, y ella, cazadora, huía asustada ante los cazadores. Olvidando lo que era, ocultábase temerosa de las fieras, y la voz de los osos y el aullido de los lobos la llenaba de pavor.

«Sin haber conocido á su madre, perteneciente á la estirpe de Lycaon, Arcas contaba ya tres lustros, y un dia que andaba á caza de los moradores de las selvas y armaba sus redes en los bosquecillos de Erymantho, salióle al encuentro Calixto. Fíjanse en él cariñosos los ojos de la fiera, y se adelanta como para abrazarle, en cuyo punto blande Arcas su venablo para clavarlo en el seno materno. Júpiter, empero, no consiente el horrible parricidio; transforma al mancebo en osa; en rápido torbellino los arrebata á entrambos á traves del espacio, y los coloca en el cielo donde forman dos constelaciones.

«Enfurecida Juno al mirar lucir entre los astros á su aborrecida rival, corrió á la morada de la rubia Tetis y del antiguo Oceano, venerados por los dioses mismos, y con sentidas razones les pidió cerraran sus olas de azur á la constelacion elevada por la infamia á la mansion

MERCURIO ATÁNDOSE LAS TALARES.

(Estatua conservada en el Museo del Louvre)

Copiado de un cuadro de Picon

des. Sirio, la estrella más esplendorosa entre las fijas, se manifiesta al nacer el crépúsculo matutino en lo más fuerte del verano, época en que, segun expresiones de Hesiodo, el ardor de la atmósfera seca el cútis del hombre y vuelve rabiosos á los canes. El astro cuyo pernicioso influjo tales efectos produce, fué pues asimilado á un perro iracundo, y decíase que á su abrasado aliento se acostaba la vegetacion, secábanse las fuentes y dañinas calenturas consumian á los hombres. Aristeo, divinidad que templa á su voluntad el ardiente calor del cielo, era el protector de los mortales, contra los furores de Sirio. «Largo tiempo hacía que abrasaba éste la tierra de las Cyclades, devastadas ademas por el hambre y la peste, cuando por mandato de Apolo imploraron los insulares el favor de Aristeo. Deja éste los campos de Tesalia, llega á Ceos, erige un altar á Júpiter, señor de la humanidad del cielo, y ofrece en la cumbre de un monte sacrificios á Sirio. Júpiter oye su ruego; los vientos etesios refrescan el Archipiélago por espacio de cuarenta dias, y desde entónces los Sacerdotes de Ceos verifican cada año sacrificios expiatorios ántes de aparecer la constelacion del Perro.» (Diodoro). En monedas de aquella isla, están representados los ardores de la canícula y los vientos que los moderan, estos por el busto de Aristeo, aquellos por la imágen de Sirio en forma de un perro coronado de rayos.

Acerca de las constelaciones llamadas Osa mayor y Osa menor oigamos lo que refiere la fábula: «El supremo señor del mundo recorre el vasto recinto de los cielos (luego despues de la catástrofe de Faeton), y examina si se mantienen firmes sus cimientos, conmovidos como fueron por la fuerza terrible del fuego; por hallarlos en su solidez primitiva, dáse á contemplar la tierra y sus desastres, y su querida Arcadia atrae sobre todo sus cuidados. A rios y fuentes que no se atrevian aun á despedir sus aguas, manda restablecer las límpidas corrientes, y por órden suya cúbrese la tierra de hierba y recobran los árboles follaje. En una de aquellas excursiones fijan sus miradas en una ninfa de Nonacris, y enciéndese en amor su pecho. No se ocupaba la vírgen en hilar lana ni tampoco en adornar su belleza con los atractivos del tocado: un sencillo broche sujetaba su holgada vestidura y blanca cinta sus cabellos. Con el venablo ó el arco en la mano, iba siempre en pos de Diana, y el Menalon no sabia de otra ninfa que tan querida le fuese. Mas ¡ay! el favor de los poderosos dura poco. Habia el Sol recorrido la mitad de su carrera cuando entró la ninfa en una selva respetada siempre por el hacha del leñador y desarmando el flexible arco y librando la espalda de la carga del carcaj pintado de mil colores, tendióse en la hierba para gozar en su fatiga de apetecido descanso. Al contemplarla sola y rendida, tomó Júpiter el semblante y traje de Diana y le preguntó: —Hermosa compañera, ¿en qué montes has cazado?—Salve, diosa más poderosa á mis ojos que el mismo Júpiter, dijo la ninfa levantándose, y al disponerse á referir su cacería, arrastróla el dios consigo á pesar de su resistencia, y vuelve luego victorioso á la olímpica morada.

«Seguida del coro de sus Ninfas, trepa Diana por las alturas del Menalon, satisfecha por la caza de aquel dia, cuando ve á lo lejos á la ninfa y cariñosa la llama. Calixto (este era su nombre) teme que otra vez se oculte su seductor bajo el semblante de la diosa; pero al sentar á su lado las Ninfas, depone el temor y con ellas se reune. En su frente, empero, puede leerse la falta cometida; bajos los ojos, silenciosa, inseguro el paso, no sé atreve como ántes hiciera á andar junto á la diosa ni á ponerse á la cabeza de sus compañeras... Levantábase en el horizonte el disco de la luna, cuando la diosa cazadora, fatigada por el calor de la jornada, dirigió sus pasos á fresca arboleda en donde nacía murmurador riachuelo, allí y admirando la limpidez de la corriente, dijo: —Solas estamos; bañémonos en esas ondas cristalinas. —Siente Calixto invadir sus mejillas el rubor de la vergüenza; no se atreve á soltar su cinturon, y cuando sus compañeras lo hicieron por ella conoció Diana no ser ya Calixto digna de servirla.—¡Huye lejos de nosotras, díjole con enojo, y no profanes esa corriente sagrada!

«La esposa del poderoso Júpiter sabe el nuevo agravio á su tálamo inferido, y colmado su furor con el nacimiento de Arcas, hijo de su rival, la castigó transformándola en osa. Los hermosos brazos de Calixto cúbrense de pelo muy largo y negruzco; de su boca sale ronca, desapacible y amenazadora voz, y tambien dolorosos gemidos manifiestan su profundo dolor. Bajo su nueva repugnante forma elévanse sus manos al cielo como acusando á Júpiter por su ingrato olvido, ya que con los labios no puede. ¡Cuántas noches, no atreviéndose á dormir en el bosque, las pasó junto á la casa ó por los campos que en otro tiempo fueron suyos! A veces perseguíala por las breñas alborotada jauría, y ella, cazadora, huía asustada ante los cazadores. Olvidando lo que era, ocultábase temerosa de las fieras, y la voz de los osos y el aullido de los lobos la llenaba de pavor.

«Sin haber conocido á su madre, perteneciente á la estirpe de Lycaon, Arcas contaba ya tres lustros, y un dia que andaba á caza de los moradores de los montes y armaba sus redes en los bosques de Nonacris, salióle al encuentro Calixto. Fijaba en el cazador los ojos de la fiera, y su aliento como para [illegible] cuya punta blande Arcas su venablo para clavarlo en el seno materno. Júpiter, empero, al contemplar el horrible parricidio, transforma al asesino en osa, en rápido torbellino los arrebata á ambos á través del espacio, y los coloca en el cielo donde forman dos constelaciones.

«Enfurecida Juno al mirar lucir entre los astros á su aborrecida rival, corrió á la morada de la rubia Tetis y del antiguo Oceano, venerados por los dioses mismos, y con sentidas razones les pidió cerraran sus olas de azur á la constelacion elevada por la infamia á la mansion

Eguara y Comp.ª Madrid

MERCURIO ATÁNDOSE LAS TALARES.

(Estatua conservada en el Museo del Louvre)

Copiado de un cuadro de Picon

celeste.—¡No profane, dijo, vil adúltera vuestras puras aguas!» (Ovidio).

Hicieron los dioses del mar señal de asentimiento, y por esto la Osa mayor permanece siempre visible sin ocultarse jamas en el horizonte, ni poder entrar, segun expresion de Homero, en el baño del Oceano.

Esto no obstante, la imaginacion popular ya entónces veía en la constelacion polar de la Osa mayor la figura de un carro cuyas cuatro ruedas son las cuatro estrellas colocadas en forma de cuadrado, y la lanza ó el tiro las otras tres. Junto á la del centro existe otra más pequeña, la cual era tenida por el conductor del carro. Segun las tradiciones griegas, y lo mismo decían las romanas, eran bueyes los que de él tiraban, guiados por *Bootes* (el Boyero), llamado tambien *Arcturos* (guardador de la Osa). En Italia, ademas de dar á la constelacion el nombre de carro *(plaustrum)*, l'amábanla la de los siete bueyes *(septem triones)*.

Fig. 124.—Diana y Calixto. (Cuadro del Ticiano).

De Arcas decíase haber sido el progenitor mítico de los moradores de la Arcadia.

Las Pléyadas y las Híadas son constelaciones pertenecientes tambien á la mitología.

Cuando las primeras aparecen á mediados de mayo, anuncian en Grecia la sazon de las espigas y la proximidad de la siega; al desaparecer, á fines de octubre, es señal su ocaso de la siembra y de los trabajos otoñales, y coincide con la época de las lluvias y tormentas. Constelacion que parecía ejercer tan poderoso influjo en los trabajos agrícolas, era natural que fuese objeto de varias leyendas populares. Hijas de Atlas y de Pleiona, las Pléyadas, ántes de ser estrellas, fueron en la tierra vírgenes y bellas. Debióse su metamórfosis á la benevolencia de Zeus, que no pudo ver sin lástima su inconsolable dolor por los padecimientos de su padre ó por la muerte de sus hermanas las Híadas. Una tradicion de Beocia refería que, perseguidas Pleiona y sus hijas por el cazador Orion, rendidas, jadeantes, habían invocado á Júpiter, quien, para salvarlas del gigante, las trasladó al cielo y las colocó entre los astros. «Las Pléyadas son en número de siete, mas por lo general sólo se muestran seis, las cuales estuvieron unidas con dioses. Sterope con Marte, Halcione y la hermosa Celeno con Neptuno, con Júpiter Maya, Electra y Taygeta. La séptima, por nombre Merope, casó con Sísifo, que no pasaba de sér mortal, y por esto, avergonzada, se oculta. Ó quizas sea Electra, la cual, no pudiendo suportar el espectáculo del incendio de Troya, puso la mano delante de los ojos.» (Ovidio). De la union de Júpiter y Taygeta nació el rey Lacedemonio.

Forman un grupo á este análogo las Híadas, hijas como las Pléyadas de Atlas y Pleiona; pero el número y los nombres de las estrellas que constituyen esta constelacion varían mucho entre los antiguos. Divinidades pluviales del cielo, las Híadas fueron en la tierra ninfas de la humedad fecundante; ellas cuidaron en Dodona de la infancia de Júpiter, y en el monte Nysa sirvieron de

Copiado de un cuadro de Pieon

nodrizas á Baco. Al ser el jóven dios perseguido en Tracia por Licurgos, precipitáronse con él en la morada de Tetis, ó llevaron consigo al divino niño á Tebas para confiarlo en manos de Ino. Agradecido Júpiter por los desvelos prodigados á su hijo, señaló á las Híadas un lugar en el cielo. Decía otra tradicion que tanto lloraron las Híadas la muerte del indómito cazador Hias, devorado por una leona á la que arrebatara sus cachorros, que fueron convertidas en una constelacion que en el signo de Tauro preside á la lluvia, de lo que es posible dimane su nombre de Híadas. Su número varía entre cinco y siete.

En Roma, esta constelacion, lo mismo que las Pléyadas, la Osa mayor y Orion eran objeto de muchas supersticiones populares. Dábase á las Pléyadas el nombre de *Vergiliæ*, á causa de la época de su aparicion.

Contaba la fábula que enamorado Júpiter de Leda, esposa de Tíndaro, rey de Esparta, transformóse en cisne, encargando á Vénus que, convertida en águila, le diese furiosa caza; perseguido hasta las márgenes del Eurotas, refugióse en el seno de Leda, la cual sin temor le acogió y ahuyentó al carnívoro animal. Poco despues dió á luz dos gemelos, por nombre Cástor y Polux, el primero hijo de Tíndaro, de Júpiter el segundo, y así es que indistintamente son llamados *Tindarides*, hijos de Tíndaro, y *Dioscuros*, hijos de Júpiter. Luego de nacidos llevólos Mercurio á Palleno para ser criados; allí nació entre ellos el fraternal cariño que ha pasado á ser proverbial, y poco despues comenzaron sus hazañas purgando de piratas las aguas del mar Egeo. Como casi todos los héroes, tomaron parte ámbos hermanos en las grandes expediciones de la edad legendaria, entre ellas la caza del jabalí de Calidon y el viaje de los Argonautas, y de los mismos se decía que habían traido de Colchida la imágen de Ares (Marte) y el culto de Atena, apellidada Asia, habiéndose distinguido en la expedicion por extraordinarias proezas. Conforme dirémos al relatar el célebre viaje, Polux luchó al pugilato con Amico, rey de los Berbricios, el atleta más renombrado de la época, y le venció. Por esto y por varios triunfos alcanzados en los juegos dispuestos por Hércules en Elida, era tenido Polux por el prototipo y protector de los atletas, así como Cástor lo fué de los jinetes y domadores de potros. Ahora bien, obsérvese que Amico, hijo de Tifoeo, monstruoso hijo de la Tierra, pertenece á la progenie de los Gigantes, de los impetuosos genios de la tempestad, que perecieron á los golpes de los héroes solares ó luminosos, y este es el carácter que, como luego verémos, ha de atribuirse á ambos gemelos. Durante la travesía, desencadenóse en la mar de Tracia horrible tormenta; el buque Argo iba á zozobrar cuando Orfeo, que en él iba tambien embarcado, invocó los dioses de Samotracia: en el mismo instante calmó el viento y viéronse dos estrellas brillar en la frente de Cástor y Polux.

Héroes nacionales de la Laconia, con los Tindarides va unido el recuerdo de las antiguas rivalidades habidas

Fig. 125. — Cástor y Polux. (Camafeo).

entre Esparta y Atenas. Su hermana, la famosa Helena, fué robada por Teseo y Pirithoo; con ella se unió Teseo y, al partir para el Epiro, la dejó en Aphidna al cuidado de su madre Etra. Al saber la violencia cometida, invaden los Dioscuros el Ática á la cabeza de numerosa hueste; el lugar donde se oculta Helena les es descubierto por los Decelios, quienes, segun Herodoto, obtuvieron desde entónces en Esparta grandes privilegios. Cástor y Polux recobran á su hermana, y con ella y con la madre de Teseo, hecha prisionera, regresan á Lacedemonia.

Leucipo, héroe messenio, del cual dicen varios mitó-

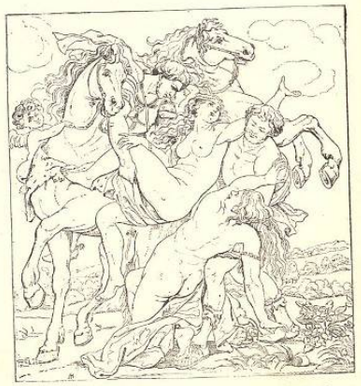

Fig. 126. — Rapto de Hileira y Febea por Cástor y Polux. (Cuadro de Rubens. Museo de Munich).

logos ser idéntico á Apolo, tenía dos hijas de rara hermosura llamadas, Febea é Hileira, sacerdotisa de Diana la una y de Minerva la otra. Cástor y Polux las robaron para hacerlas sus esposas, y de este hecho, segun ciertas fábulas, ó, segun otra version, de antiguas querellas entre Messenia y Laconia, renovadas entónces á causa de haberse atribuido aquella la totalidad del botin cogido en expedicion comun, se originó reñida y por ámbas partes sangrienta pelea.

La representacion del rapto ha llegado hasta nosotros en muy antigua pintura. Un ídolo de Diana ocupa

el centro de la composicion; á un lado de la diosa vese un carro lanzado á galope en el cual roba Polux á Hileira; al otro lado opuesto, Crísipo, auriga de Cástor, aguarda en otro carro á su dueño, que lleva en brazos á Febea. Júpiter, Vénus y otras tres diosas presencían la escena.

Leucipo tenía por hermano á Afareo, y éste por hijos á Linceo, el mortal de más penetrante mirada, y á Idas, que todo lo vé ó lo conoce; y ya fuesen estos héroes prometidos esposos de Hileira y Febea y quisieran recobrarlas y castigar á sus raptores, ya el ardid

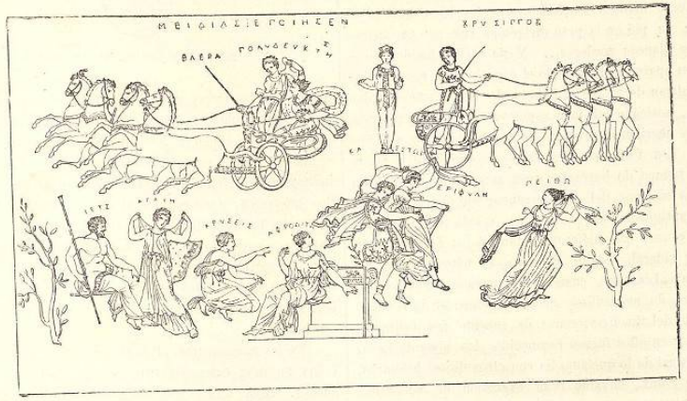

Fig. 127. — Rapto de Hileira y Febea. (Pintura de un vaso).

con que Idas se apropió la totalidad del botin [1] encendiese la ira de los Dioscuros, ello es que éstos y los Afaridas llegaron á reñido combate. La lanza de Idas hirió mortalmente á Cástor, pero sin que el esfuerzo de los héroes mesenios pueda resistir el empuje de Polux, retrocedieron acosados hasta llegar al sepulcro de su padre. «Cogen allí una estatua de Pluton de pulido mármol, y con gran ímpetu la arrojan al pecho de Polux; el héroe, inmóvil é impasible á pesar de la fuerza del golpe, hunde su pica en el costado de Linceo, al tiempo que Júpiter fulmina contra Idas su rayo vengador, y ardiente torbellino de llamas y humo consume los restos mortales de los dos Afaridas. ¡Tan temerario es medir sus fuerzas con quien las tiene mayores! El esforzado Polux corre al lado de Cástor y le encuentra que apénas respira, próximo á exhalar el postrer aliento; con sus lágrimas baña aquel demudado y frio rostro, y en el exceso de su pena exclama: —¡Hijo de Saturno, padre mio, haz que muera con mi hermano! A quien pierde lo que más estima y ama, ¿para qué le sirve la vida?

«Así exhalaba Polux su dolor profundo, cuando de pronto Júpiter se presenta á él y le dice: —Eres mi hijo y no puedes morir; mas tu hermano es hijo de un mortal y su vida tiene término. Sin embargo, á tu eleccion dejo el vivir sin él eternamente en el Olimpo entre Atena y Ares, exento de la vejez y de la muerte, ó bien, si por amor á tu hermano quieres asociarte á su mortal destino, la mitad de tu existencia, al igual que la suya, transcurrirá en la oscuridad de la tumba y la otra mitad en las doradas mansiones del Cielo.—Así habla Júpiter, y Polux no vacila en aceptar aquella semi-inmortalidad que ha de ser tambien la de su hermano. En el mismo momento Cástor, el del bronceado almete, abre otra vez los ojos á la luz, y vuelve la voz á sus helados labios.» (Píndaro). Así era, decía la fábula, como los dos hermanos vivían de dia el uno y el otro de noche.

En la *Odisea*, entre las heroínas evocadas, vió Ulises aparecer «la sombra de Leda, esposa de Tíndaro, madre de dos héroes, Cástor que doma los corceles, Polux que vence armada la diestra con la férrea manopla. Uno y otro viven, aunque se hallen en el profundo seno del imperio de los muertos. Honrados por Júpiter más allá del sepulcro, cada dia y alternativamente renacen á la luz y vuelven á hundirse en la mansion del Erebo.»

Cástor y Polux forman la constelacion de Géminis compuesta de dos estrellas, de las cuales desaparece la una al aparecer la otra. En ellos se personificaron, ademas, los crepúsculos matutino y vespertino, y tambien la estrella de la mañana y el lucero de la tarde. Para muchos mitólogos Polux y Cástor no fueron en su orígen

[1] Referíase que los Tindarides volvían de Arcadia, donde en union con los hijos de Afareo habían apresado un hato de bueyes. Idas, encargado del reparto, dividió un buey en cuatro partes, diciendo que el primero que comiese su parte, tendría la mitad del botin, y el segundo la otra mitad. Apénas lo hubo dicho, tragó de un bocado su parte y de otro la de su hermano, y quedó dueño de la manada entera, con la cual marchó á Messenia.

más que el Sol y la Luna, concebidos como hermanos gemelos.

Fueron tambien divinidades benévolas del mar, protectores del marino en los más duros trances de la navegacion. «Cuando la tempestad furiosa levanta é hincha las alborotadas olas, entónces, desde lo alto de sus naves, invocan los hombres á los hijos de Júpiter Magno; de pié en la proa dirígenles sus preces, inmolándoles blancos corderos... Y no tardan los dos mancebos en aparecer, hendiendo el espacio con sus rápidas alas; calman de pronto el ímpetu de los desencadenados vientos, sosiegan el mar espumante y es su presencia para los marineros presagio de navegacion feliz.» (Diodoro). Los fosforescentes fulgores que brillan en el mar en tiempo de borrasca, eran anuncio de su llegada para los marinos del Mediterráneo; en aquellos fuegos veía la antigüedad astros movibles, y esta fué quizas una de las causas que hicieron atribuir á los Dioscuros un carácter sideral. Segun Plutarco, la nave en que iba embarcado Lisandro, cuando la guerra del Peloponeso, fué teatro de maravilloso acontecimiento: en la popa, á cada lado del timon, viéronse de repente dos brillantes luceros, y en ellos fueron reconocidos los hijos de Leda.

Al igual de lo que sucedía con otros dioses helénicos, Cástor y Polux, no sólo eran expresion de fenómenos físicos, sino que representaban, ademas, ciertas ideas morales; protectores de las naves éranlo tambien de los viajeros, así por mar como por tierra, y bajo su amparo estaban colocados los sagrados deberes de la hospitalidad. En tiempo de su existencia terrestre habían sido los huéspedes de diferentes mortales, y creíase que volvían de vez en cuando á las viviendas humanas, acompañando su paso estupendos prodigios. Atribuíaseles tambien, en virtud de la propia idea, la fundacion de las *Theoxenía*, festines sagrados en los que la deidad de un templo convidaba con su hospitalidad á otros dioses sus vecinos.

En época que es imposible determinar con exactitud, los Dioscuros, dotados ya de múltiples atributos, fueron confundidos por los navegantes del mar Egeo con los grandes y misteriosos dioses de Somotracia, llamados Cabiros, divinidades del fuego. De esta confusion se hallaban vestigios en varios puntos del continente griego, en especial en Amfisa de Fócida, donde se celebraba una fiesta que indiferentemente era aplicada á los Dioscuros, á los Cabiros, y tambien á los Curetas.

La calidad ecuestre, peculiar en un principio á Cástor, fué á poco comun á ámbos hermanos, que siempre la mitología asoció y puso juntas las ideas de caballo y mar, de equitacion y navegacion. Á uno y otro hermano aplica Píndaro calificativos hípicos, y los dos eran generalmente representados junto á sus caballos. En los famosos grupos de Monte-Cavallo, en Roma, atribuidos á Fidias el uno y á Praxiteles el otro, al parecer sin motivo suficiente, sujetan por la brida á sus corceles. En algunos monumentos vémosles montados en dorado carro tirado por dos caballos, presente que fueron de Paseidon ó Neptuno. En Esparta presidían las carreras

Fig. 128. — Cástor y Polux. (Medalla antigua).

de carros y los juegos gímnicos, y Píndaro, reproduciendo una tradicion dórica, dijo que Hércules, al ser admitido en el Olimpo, confió á los dos hermanos la proteccion y vigilancia de las grandes fiestas olímpicas. Los héroes indígenas de Laconia por fuerza hubieron de ser celebrados guerreros, y así era que al salir á campaña los dos reyes de Lacedemonia, ántes de las guerras médicas, llevaban consigo las sagradas imágenes de los Tindaridés. La marcha guerrera de flautas y otros instrumentos, que guiaba á los Espartanos al combate, pasaba por ser invencion de Cástor, y con este nombre era conocida.

En los monumentos el carácter sideral de Cástor y Polux no deja nunca de expresarse. Ya con el cónico almete, cuya forma recordaba á los Griegos las dos mitades del huevo en que se decía haber vencido al mundo los hijos de Leda, ya con la cabeza descubierta, casi siempre les acompañaba una estrella. Otras veces sostiene uno de los hermanos dos antorchas, una de ellas inclinada al suelo en señal de muerte.

Cástor y Polux eran contados entre los grandes dioses de Grecia, particularmente en la isla de Cefalonia. Esparta, su país natal, y Atenas, á la cual salvaron del saqueo cuando la guerra contra Teseo, les elevaron magníficos templos. En varias ciudades se celebraban en su honor solemnes fiestas, llamadas en Atenas *Anaceas*, llegado el mes de Elafebolion, y se les sacrificaban un cerdo, un cordero y un macho cabrío.

El culto de los Dioscuros fué propagado desde muy antiguo por la isla de Sicilia é Italia. En la llamada Magna Grecia, Tarento y Locres profesábanles gran veneracion, y lo mismo puede decirse de Etruria, á juzgar por la profusion con que fueron representados en los espejos de aquel pueblo; llamábanlos Kastur y Pultuc ó Pulutuke. En Ardea tenían un templo con antiguas pinturas griegas, y entre las ciudades latinas la de Túsculo parece haberles rendido culto desde remotos tiempos, culto que hubo de extenderse por Italia á causa de la milagrosa intervencion que la fábula suponía haber tenido ámbos hermanos en la victoria que contra los ciudadanos de Crotona obtuvieron los de Locres en las riberas del Sagra. Y lo mismo aconteció un siglo despues, en el año 499 ántes de J. C. (255 de Roma), en la que alcanzaron los Romanos peleando con los pueblos latinos en las márgenes del lago Regilla: en lo más recio de la

refriega, dice Floro, aparecieron de pronto, peleando á la cabeza de los soldados de Roma, dos gallardos mancebos de semblante sobrehumano, y los mismos, ganada que fué la batalla, se presentaron en la ciudad anunciando la victoria, y abrevaron sus caballos, cubiertos de espuma, en la fuente que, con el nombre de Juturna, existía en el Foro. En tiempo de Ciceron enseñábase todavía la huella que el caballo de Cástor había impreso en una piedra.

Roma, en la cual comenzaba á ser poderosa la influencia griega, hizo voto de erigir un templo á los Dioscuros en el mismo sitio desde donde anunciaron el triunfo, y consagrarles una fiesta anual. Catorce años despues el templo, uno de los primeros levantados á las divinidades puramente helénicas, fué consagrado el dia 15 de julio, el de su fiesta, la cual proporcionaba á la órden ecuestre, teniendo á aquellas deidades por patronos, ocasion de ostentar su lujo y gallardía. Desde la puerta por donde hiciera su entrada el general victorioso en la batalla del lago Regilla, avanzaban los caballeros divididos en escuadrones, como si llegasen en aquel momento del combate, coronados de olivo, vistiendo la trábea con franjas de púrpura y luciendo sus militares atavíos. En los buenos tiempos de Roma su número llegaba á cinco mil hombres, flor de la juventud romana, orgullo de la república, y atravesando el Foro, donde tributaban homenaje á los Dioscuros, se dirigían al Capitolio para adorar á Júpiter.

Análogas fiestas estaban dedicadas á Cástor y Polux en todas las ciudades de la Magna Grecia, cuya principal fuerza consistía en brillante caballería.

Cuando las batallas de Pydna y de Verceil creyeron los Romanos en otras apariciones de los Dioscuros, que tambien en Roma eran tenidos por dioses de la luz, atribuyéndoles un carácter principalmente sideral. Su templo, importante edificio donde el Senado celebró varias veces sus sesiones, era llamado de los Castores, y generalmente con este nombre colectivo se designaba á ámbos dioses; por esto Marco Bíbulo, el triste y desairado colega de Julio César en el consulado, solía decir que su papel se asemejaba al de Polux respecto de su hermano Cástor. Era costumbre jurar por Cástor y Polux, hombres y mujeres por Edepol, y las mujeres en especial por Mecastor.

Como dioses ecuestres gozaban los Dioscuros de gran favor en los circos, y se les ofrecían juegos especiales el dia de los Idus de agosto. En los puertos de mar, en Ostia, por ejemplo, eran adorados en concepto de divinidades protectoras de los navegantes, y tambien para los marinos italianos, como sucedía con los griegos del mar Egeo, se confundieron con los misteriosos dioses de Samotracia.